
Roca y el mito del genocidio

Para discutir temas de política local, provincial y nacional

Roca y el mito del genocidio

✉ por Juan José Cresto el Sab Mar 17, 2007 8:35 pm

"Roca y el mito del genocidio"

Por Juan José Cresto
Para LA NACION

Hace poco más de un siglo, el 12 de octubre de 1904, el general Roca entregó al doctor Manuel Quintana los atributos de la presidencia de la República. Había cumplido su segundo mandato, pero su influencia política desde 1880 había transformado el país. La Argentina era una potencia respetada. El general Mitre, ya anciano y verdadero patriarca de la argentinidad, fue a su casa ese mismo día para felicitarlo por su gestión: "Ha cumplido", le dijo parcamente, porque el juramento de su asunción, en 1898 lo había hecho ante el patricio.

Diez años después, el 19 de octubre de 1914, Roca moría en Buenos Aires. Los últimos años los dedicó a organizar su estancia La Larga, levantando casas para su personal, cultivando arboledas y caminos y mejorando su hacienda. Se cumple este año el centenario de su alejamiento del poder y noventa años de su fallecimiento. El país no lo ha recordado suficientemente.

En los últimos tiempos una historiografía carente de toda documentación sostiene que la expedición de Roca de 1879 contra los indios, fue un genocidio. Ello revela supina ignorancia u oculta intereses de reivindicaciones territoriales. El tema indígena es complejo, porque abarca regiones muy diferentes, desde los paisajes andinos atípicos hasta la cuña boscosa del Chaco, con razas que no eran ni son comparables, como los diaguitas, los abipones o los mapuches. En el Sur, los pueblos araucanos procedían de Chile e ingresaron al hoy territorio nacional hacia principios del siglo XVIII, según lo refieren numerosos historiadores de ese país, algunos con carácter reivindicatorio.

La pampa agreste estaba totalmente desierta, con algunos bolsones de pobladores aislados. En la provincia de Buenos Aires se denominaba "poblador del Salado" a quien se instalaba más allá de ese importante río. Sin alambrados, sin títulos de propiedad, salvo antiguas mercedes realengas, o con títulos imprecisos basados en la simple ocupación, el llamado "estanciero" era el ganadero que cuidaba vacas criollas, que no tenían parecido con las de nuestra época, vivía con el cuchillo en la faja y dormía en un rancho que él mismo construía. Su beneficio empresario consistía solamente en la explotación del cuero del vacuno, que canjeaba en la pulpería o en "las casas", o poblado más próximo. Compartía, sí el temor al malón indígena.

Al caer la tarde, hacía recostar a su caballo en el suelo para ver la reacción del animal,

cuya sensibilidad le permitía saber si la tierra se movía. En ese caso, sabía que, a lo lejos, los indios galopaban y él debía huir, abandonando todo.

El horror del malón se ha descrito repetidas veces, pero hay que recordar que el indio fue temible cuando aprendió a montar el caballo que trajo el europeo, para robar las vacas que también vinieron con los españoles y venderlas en Chile. También cuando aprendió a usar la cuchilla de hierro, que también obtuvo de la industria del hombre blanco. Los aduares indígenas estaban llenos de cautivas, mujeres blancas a las que se les hacía un tajo profundo en la planta de los pies para impedirles la fuga. Ellas tenían que soportar la indignación y el odio de las mujeres indias de la tribu.

La historia argentina está llena de historias de pequeños y de muy grandes malones a lo largo de los siglos XVIII y XIX, hasta la decisiva ocupación de desierto por Roca. La política de ocupación no se inicia con este exitoso militar, sino que continúa desde los primeros gobiernos patrios. Rosas hizo una expedición contundente, pero después de Caseros las tribus se alinearon, unas con el gobierno de la provincia de Buenos Aires y otras con el de la Confederación, participando en la política partidista.

Mitre quiso erradicar el delito en las pampas y no lo pudo lograr por tener que dedicar sus esfuerzos a la guerra del Paraguay. Sarmiento sufrió grandes malones y la [batalla de San Carlos de Bolívar](#) es un verdadero hito de la historia. Avellaneda, que soportó una grave crisis financiera internacional, tuvo una política de ocupación a través de su ministro Adolfo Alsina, quien hizo construir una larga zanja de más de cuatrocientos kilómetros para evitar los malones, en una guerra defensiva sin mayores resultados. Finalmente, Roca, que conocía el desierto, organizó una expedición ocupacional decisiva. Este joven general había ganado todos sus ascensos, uno tras otro, en los campos de batalla.

¿Estaba Roca ocupando tierras de indios? La respuesta es categóricamente negativa. Esas tierras desiertas comienzan a ser ocupadas con las expediciones pobladoras de la España colonizadora del siglo XVI que, repetimos, trajeron el caballo y la vaca. Los indios iniciaron su ocupación 180 años después.

Los indígenas americanos precolombinos estaban radicados en mínimas parcelas de territorio y aprovecharon los descubrimientos, invenciones, ingreso de animales antes desconocidos y la tecnología del blanco para su expansión territorial.

Pero existen algunas consideraciones que hay que sopesar: la expedición debe adjudicarse al gobierno del presidente Avellaneda, quien designó para comandarla a su ministro de guerra, el general Julio Argentino Roca, en estricto cumplimiento de la ley del 25 de agosto de 1867, demorada doce años por las dificultades políticas y económicas del país. "La presencia del indio -decía la ley- impide el acceso al inmigrante que quiere trabajar." Para financiar la expedición se cuadrículó la pampa en parcelas de 10.000 hectáreas y se emitieron títulos por la suma de 400 pesos fuertes cada uno, que se vendieron en la Bolsa de Comercio. Aunque prohibieron la adquisición de dos o más parcelas contiguas, esta venta fue la base de muchas de las fortunas argentinas.

La ley, la expedición y la organización fueron discutidas en el Congreso y votadas democráticamente. Todo el país, toda la población de la Nación, quería terminar con

este oprobio, desde el Congreso y los gobiernos provinciales hasta los periódicos, sin excepción.

Roca organizó la expedición y a ella se incorporaron no solamente cuerpos militares, sino también periodistas, hombres de ciencia y funcionarios. El periodista Remigio Lupo la integró como corresponsal del diario La Prensa y remitió sus crónicas. Monseñor Antonio Espinosa publicó su diario, con noticias muy valiosas de todo lo mucho que vio, pero también escribieron hombres de ciencia, como los doctores Adolfo Doering y Pablo Lorenz, y naturalistas, como Niederlein y Schultz, que estudiaron la flora, la fauna y las condiciones del suelo.

Acompañaron también enfermeros y auxiliares. Los indios prisioneros y los niños, mujeres y ancianos fueron examinados por sus dolencias, vacunados y muchos de ellos remitidos a diversos hospitales de la muy precaria Buenos Aires de esos días.

Ahora bien: ¿puede creerse que toda estas personas y otras que siguieron paso a paso la expedición pueden ser cómplices de silencio en caso de genocidio? ¿Se concibe un secreto de cinco mil personas? ¿Lo hubiera permitido un humanista como el presidente Avellaneda? La única realidad es que la llanura pampeana quedó libre de malones y que a los indígenas se les asignaron grandes reservas, si bien es cierto que individuos inescrupulosos les cercenaron posteriormente muchas de sus parcelas con supuestos derechos, actitud reprobable, sin duda, que forma parte de litigios del derecho civil.

Por otra parte, mencionar al indio como tal es un insulto. ¿Por qué indio? El es, simplemente, un argentino entre treinta y siete millones de habitantes, con los mismos derechos y obligaciones que todos. No merece ningún tratamiento especial ni más derechos que otros, pero tampoco ninguna tacha que lo invalide, que lo relegue o que lo menoscabe, porque tiene también todas las prerrogativas constitucionales. Es nuestro conciudadano y, por lo tanto, nuestro hermano. Merece y tiene todo nuestro fraterno afecto. No más, no menos. Lo contrario es indigno y discriminatorio.

Lo que se quiso hacer y efectivamente se hizo fue concluir con los asaltos a pueblos indefensos y poner la tierra fértil a disposición de la población para ser trabajada. En efecto, en menos de 25 años a la Argentina se la llamaba "la canasta de pan del mundo".

El 12 de octubre de 1880, Roca juró como presidente de la República, por haber vencido a Tejedor en las elecciones. Hizo un gobierno histórico: concluyó el tratado de límites con Chile, en 1881; desarrolló la instrucción pública; construyó escuelas; extendió los ferrocarriles. Los inmigrantes agricultores comenzaron a agruparse en colonias. Se estibaron miles de bolsas de trigo en las estaciones.

El pedestal de la gloria de Roca está en sus dos gobiernos y en su orientación política, mucho más que en la ocupación del desierto, pero ésta es un timbre de honor de su biografía. Con el tiempo, a través de personas que no han leído específicamente sobre el tema o que tienen otros intereses, se ha creado una fábula que gente de buena fe la ha creído, porque así se elaboran los mitos que después parecen "verdades reveladas" de valor teológico. Felizmente, cualquier serio investigador de historia, cualquier estudioso del pasado que se documente, se preguntará azorado: ¿qué genocidio?

El autor es director del Museo Histórico Nacional y presidente de la Academia

Argentina de la Historia.

Link corto: <http://www.lanacion.com.ar/656498>

Juan José Cresto

Arriba

- [Reporte este mensaje](#)
- [Responder citando](#)

Batalla de San Carlos (de Bolívar), el comienzo del fin

✉ por Sebastián Miranda el Dom Mar 18, 2007 3:51 am

Batalla de San Carlos (de Bolívar), el comienzo del fin

Por Sebastián Miranda
Licenciado en Historia.

El 8 de marzo de 1872 las fuerzas del Ejército Argentino dirigidas por el General Rivas y el Coronel Boerr derrotaron a más de 3.500 indígenas mandados por el cacique chileno Juan Calfucurá marcando así el inicio del fin de un reinado de terror que por más de 20 años asoló las poblaciones de la campaña argentina.

Introducción

Desde la llegada de los españoles al actual territorio argentino las diversas tribus indígenas que lo habitaban ejercieron una fuerte resistencia al avance del hombre blanco, lo que motivó que continuamente se produjeran enfrentamientos entre las partes en conflicto. Producida la Revolución de Mayo, los primeros gobiernos patrios debieron realizar negociaciones con los naturales con el fin de evitar que éstos llevaran a cabo ataques contra las poblaciones de la frontera. A pesar de ello y aprovechando que las fuerzas militares debían ser empleadas en las guerras por la independencia, voroganos, ranqueles, pampas y araucanos continuamente asolaban las estancias y poblaciones del sur de Buenos Aires, Santa Fe, Córdoba, San Luis y Mendoza.

Con el fin de terminar con las depredaciones el gobernador bonaerense Martín Rodríguez efectuó dos campañas en 1823 y 1824 que no dieron los resultados esperados debido a la falta de tácticas adecuadas; mejor suerte tuvieron las realizadas por el coronel Rauch en 1826 y 1827 que junto con los tratados de paz firmados por el entonces coronel Juan Manuel de Rosas lograron mantener la frontera en relativa paz. En esos momentos el interés por lograr este propósito era mayor que nunca debido al peligro que se corría por estar desarrollándose la guerra contra el Brasil, no debe olvidarse que uno de los propósitos de la desastrosa incursión imperial a Carmen de Patagones había tenido como principal objetivo el establecimiento de una alianza con las tribus locales para abrir un segundo frente de batalla a nuestro país.

En 1833, Juan Manuel de Rosas realizó la primera gran campaña para pacificar la frontera, logrando mediante una combinación de tratados de paz y acciones militares neutralizar a los salvajes y mantenerlos en relativa inacción hasta 1852. La frontera avanzó hasta el río Colorado. Con su caída el 3 de febrero del citado año, los indígenas reiniciaron los ataques asolando la campaña y dando inicio a una etapa durante la cual las fuerzas nacionales sufrieron continuas derrotas y la frontera fue devastada. A las malas tácticas y a la falta de medios se sumaron los continuos problemas internos y externos, las luchas entre liberales y federales, la guerra con el Paraguay y las tensiones con Chile y Brasil, que hábilmente fueron explotados por los indígenas en su favor. Esto fue posible por la presencia de un cacique chileno que fue capaz de utilizar todas estas circunstancias en su propio beneficio: Juan Calfucurá.

Calfucurá y la confederación de tribus

En 1835, una caravana de unos 200 indios araucanos llegados de Chile se presentó a comerciar, como era habitual al menos una vez al año, con la tribu vorogana de Salinas Grandes (actual provincia de La Pampa). En el momento en que debían iniciarse los festejos por la reunión, los araucanos atacaron a sus parientes y en medio de un infernal griterío degollaron a los caciques Rondeau, Melín, Venancio, Alun, Callvuquirque y a muchos capitaneos y ancianos. Por primera vez se escuchó en las pampas el nombre del cacique Juan Calfucurá que comandaba a los chilenos. Inmediatamente procedió a ejecutar a otros caciques de tribus vecinas y a buscar la alianza con las mismas una vez "decapitadas". Fue así como atrajo a voroganos, pampas, ranqueles y araucanos y [b]en pocos años formó una enorme confederación con la que dominó rápidamente el sur de Buenos Aires, Santa Fe, Córdoba San Luis, Mendoza, y las actuales provincias de La Pampa, Neuquén y Río Negro teniendo como centro Salinas Grandes. Durante el gobierno de Juan Manuel de Rosas firmó una serie de pactos por los cuales, a cambio de vacas, yeguas, bebidas, azúcar, yerba y tabaco, se abstenía de atacar la frontera, con lo cual la misma pudo mantenerse en relativa seguridad, pero aunque los malones disminuyeron no cesaron completamente. Derrocado Rosas el 3 de febrero de 1852, Calfucurá (calfí azul, curá piedra) dio una muestra de la nueva etapa que comenzaba en la trágica historia de la lucha contra el indio al atacar al día siguiente Bahía Blanca con 5.000 guerreros. La línea de frontera retrocedió hasta la existente en 1826 y todo lo ganado en la campaña de 1833 se perdió.

El 13 de febrero de 1855 arrasó el poblado de Azul con una fuerza de 5.000 lanceros asesinando a 300 personas, cautivando 150 familias y robando 60.000 cabezas de ganado pero esto sólo era el principio. En septiembre del mismo año el comandante Nicolás Otamendi murió junto a 125 de sus hombres en un combate contra los indígenas en la estancia de San Antonio de Iraola. Ocho días después Yanque Cruz, subordinado del cacique chileno, al frente de 3.000 guerreros asoló Tandil. Mientras tanto, Calfucurá saqueó la población de Puntas de Arroyo Tapalqué. Ante tanta destrucción, Mitre organizó un ejército al que llamó "Ejército de Operaciones del Sur" que constaba de unos 3.000 hombres y 12 piezas de artillería poniendo al frente al General Manuel Hornos. El 29 de octubre las fuerzas nacionales fueron atraídas por Calfucurá hacia una zona llana y fangosa llamada San Jacinto ubicada entre las sierras de ese nombre y el Arroyo Tapalqué donde la caballería argentina casi no podía moverse. Las fuerzas de Hornos fueron atacadas desde todas direcciones y sufrieron una terrible derrota quedando muertos sobre el campo de batalla 18 jefes y oficiales y 250 soldados, además 280 resultaron heridos y se perdieron numerosas armas, pertrechos y municiones. Aprovechando la victoria, los naturales continuaron los malones sobre las ahora indefensas poblaciones de Cabo Corrientes, Azul, Tandil, Cruz de Guerra, Junín, Melincué, Olavarría, Alvear, Bragado y Bahía Blanca. El ganado robado era en parte utilizado por los indios para propio consumo pero en su gran mayoría se llevaba a Chile donde era vendido a los estancieros locales que luego a su vez lo comercializaban en Europa.

A pesar del desastre, los coronéles Conesa, Granada y Paunero lograron infligir algunas derrotas a los indígenas. La separación de Buenos Aires de la Confederación Argentina y más tarde las guerras civiles y con el Paraguay aumentaron la vulnerabilidad de la frontera. Esto obligó al gobierno argentino a celebrar humillantes tratados de paz por los cuales a cambio de alimentos, mantas, ganado y vicios (yerba, tabaco, alcohol) Calfucurá no atacaría la frontera, aunque los malones continuaron.

El 5 de marzo de 1872, rompiendo el tratado de paz firmado con el gobierno del entonces presidente D. F. Sarmiento, el cacique chileno al frente de 3.500 guerreros cayó sobre los partidos de Alvear, 25 de Mayo y 9 de Julio asesinando a 300 pobladores, cautivando a 500 y robando 200.000 cabezas de ganado. Para que el lector tenga una idea de la magnitud de las fuerzas empleadas en estas invasiones debe tener en cuenta, usándolo como punto de comparación, que el Ejército de los Andes apenas superó los 5.000 efectivos. Cuando el grueso de los salvajes se retiraban con el botín fueron interceptados por las tropas de Rivas y Boerr en las proximidades del fortín de San Carlos (actual Bolívar), generándose la batalla que nos ocupa tratar.

Las fuerzas opuestas

a) El Ejército Argentino

La composición de las fuerzas nacionales que intervinieron en San Carlos presenta varias particularidades. En primer lugar la misma era bastante heterogénea, estando formadas por regulares, guardias nacionales, vecinos e indios amigos, curiosamente estos últimos integraron el grueso de las mismas. La razón para esta diversidad estuvo dada por el hecho de que la invasión no era esperada y Rivas debió echar mano rápidamente de cuanto efectivo tenía disponible para impedir que los naturales se retiraran impunemente tras los saqueos. Tras la apresurada convocatoria que motivó que varios de los contingentes pudieran concentrarse, como veremos más adelante, gracias a repetidas marchas forzadas, la fuerza nacional quedó conformada de la siguiente manera:

- Batallón de Infantería de Línea Nº 5, con 95 hombres y una pieza de artillería al mando del Teniente Coronel Nicolás Levalle.
- Batallón de Infantería de Línea Nº 2 con 170 hombres con el Sargento Mayor Pablo Asies al frente.
- Regimiento Nº 5 de Caballería de Línea con 50 hombres a cargo del Mayor Echichury y Plaza.
- Regimiento Nº 9 de Caballería de Línea con 50 hombres al mando del Teniente Coronel Pedro Palavecino.
- Guardias Nacionales de 9 de Julio bajo el comando del Capitán Núñez con 150 hombres.
- Guardias Nacionales de Costa Sud dirigidos por el Teniente Coronel Francisco Leyría con 170 hombres, 800 guerreros de la Tribu aliada del Cacique General Cipriano Catriel con 800 guerreros.
- Tribu amiga del Cacique General Coliqueo con 140 guerreros.
- A estos efectivos hay que sumar los del servicio sanitario de las fronteras oeste y sur dirigidos por los cirujanos Juan M. Franceschi y Eduardo Herter, respectivamente.
- En total 1.525 hombres aproximadamente: 165 infantes de línea, 100 hombres de caballería, 320 Guardias Nacionales y 940 indios aliados.

En cuanto al equipamiento de los mismos era variado. La Infantería llevaba las carabinas Merrol a fulminante y Rayada a fulminante, sable bayoneta y machetes. La Caballería estaba provista con carabinas rayada y lisa a fulminante, sables y lanzas. Los indios amigos portaban lanzas, cuchillos, boleadoras y algunas carabinas.

Tanto la Infantería como la Caballería llevaban chaquetas de brin, pantalones del mismo material y kepís. El primer arma calzaba botas o pantorrilleras de cuero con botín y la segunda botas. La vestimenta de los Guardias Nacionales era provista por los medios de cada uno de sus integrantes por lo que era muy heterogénea. Los indios amigos tenían un vestuario rudimentario que variaba según las posibilidades y posición social del propietario del mismo. La calidad de las caballadas a disposición de las fuerzas nacionales era en general buena, pero la agotadora marcha hasta San Carlos hizo que los animales se fatigaran excesivamente teniendo este hecho especial influencia para el desarrollo de las operaciones finales de la batalla.

b) Ejército de Calfulcurá

En total, el **cacique chileno logró concentrar en San Carlos alrededor de 3.500 guerreros bajo su mando** supremo. En el momento de la batalla los dividió en cuatro grupos, tres de ellos con 1.000 hombres **cada uno al frente de los Caciques Renquecurá, Catricurá y Manuel Namuncurá** y el cuarto con 500 con Mariano Rosas que actuó como reserva. Todos montaban a caballo siendo la calidad de los mismos excelente, como era común entre los indios.

Cacique Manuel Namuncurá

El armamento era bastante rudimentario, la lanza era el arma más usual, hecha en general con caña tacuara elegida por su flexibilidad, la punta de las mismas podía ser de piedra o metal. Otras armas de uso generalizado eran las boleadoras, utilizadas para enredar las patas del caballo del rival o para golpear al oponente con ellas en el combate cuerpo a cuerpo. También se utilizaban cuchillos de diversos materiales.

La vestimenta dependía de las posibilidades del usuario aunque en general era pobre, andando semidesnudos cubriéndose con algunas pieles y una vincha para sujetarse la larga cabellera. Sobre el lomo de los caballos se ponía una manta o jerga para protegerlo. Como puede verse el equipamiento de los indígenas era sumamente liviano lo que les daba una gran agilidad sobre todo para escapar ya que en general evitaban el combate salvo que consideraran que eran superiores al enemigo.

La aproximación a San Carlos

Calfulcurá concentró sus fuerzas en Salinas Grandes y **se movió hacia 9 de Julio**, recorriendo aproximadamente unos 300 kilómetros en 5 días, pasando el día 5 de marzo la línea defensiva por la zona ubicada entre los fortines Quemuhimn y San Carlos. Enseguida **saqueó los partidos de 25 de Mayo, Alvear y 9 de Julio**, tras lo cual retrocedió hacia el lugar por donde había penetrado la línea defensiva llevando consigo el botín consistente en ganado, cautivos y todo tipo de objetos producto del robo.

El 5 de marzo a las 2 p.m. en 9 de Julio camino hacia Buenos Aires, el jefe de la frontera Oeste, Coronel Juan C. Boerr fue informado por el Capitán de Guardias Nacionales Núñez de la invasión de Calfulcurá. Inmediatamente ordenó al citado Capitán la movilización de sus fuerzas, también giró órdenes para que el Cacique General Coliqueo ubicado en 9 de Julio se le incorporara por el lado de Quemuhimn y para que el Teniente Coronel Nicolás Levalle que estaba en el fuerte General Paz hiciera lo mismo. A la vez se pidió apoyo a los jefes de la fronteras Norte de Buenos Aires y Sur de Santa Fe, Coronel Francisco Borges, y Sur, Costa Sur y Bahía Blanca General Ignacio Rivas.

A las 2.30 p.m. de ese día, el Cnl. Boerr inició la marcha hacia la laguna del Curá con unos 100 Guardias Nacionales pero al enterarse de que los indios del cacique Raniqueo se habían plegado a los rebeldes modificó la dirección y se dirigió al fuerte General Paz buscando la incorporación de Levalle y Coliqueo. Allí llegó a las diez de la noche recibiendo la noticia de que los salvajes se encontraban en la laguna Verde en número aproximado a los 3.000. Al no llegar los refuerzos de la División Norte y ante el peligro de que los indios escaparan, el Cnel. Boerr decidió marchar hacia San Carlos con los Guardias Nacionales y los hombres de Coliqueo, ya incorporado, para cortar la retirada a Calfulcurá. Partió el 6 de marzo a las 9 p.m. Al día siguiente, a las 9 a.m. llegó a San Carlos donde se le unió el **Teniente Coronel Levalle** con las fuerzas que había podido reunir procedentes de los fortines de la frontera Oeste. Durante el trayecto hacia el punto de reunión, Boerr debió enfrentar la dura resistencia ejercida por las avanzadas de Calfulcurá. Mientras tanto el General Ignacio Rivas avanzaba a marcha forzada desde Azul para incorporarse con 390 soldados y 800 indios del Cacique Catriel. Rivas había partido desde Azul el 6 de marzo a las 2 a.m., llegando a San Carlos tras una marcha agotadora el día 8 a la madrugada, inmediatamente asumió el comando de las fuerzas nacionales. El Coronel Francisco Borges a la vez movilizó a sus hombres pero éstos llegarían recién a la tarde del día 8, cuando la batalla había concluido.

El 8 de marzo a las 7 de mañana Rivas fue informado por el Sargento Mayor Santos Plaza, jefe de la descubierta, que la indiada de Calfulcurá se movía. El comandante dispuso inmediatamente la partida de sus efectivos para interceptar a los salvajes. Las fuerzas nacionales quedaron organizadas en tres columnas de la siguiente manera: a la derecha el Cacique General Cipriano Catriel con 800 guerreros, en el centro el Mayor Asies con el Batallón Nº 2 de Infantería de Línea de 170 hombres junto con 50 del Regimiento Nº 9 de Caballería al mando del Teniente Coronel Palavecino. Finalmente el ala izquierda quedó conformada por el Batallón Nº 5 de Infantería de Línea al mando del Teniente Coronel Levalle con 100 plazas, 140 lanceros del Cacique General Coliqueo, 80 Guardias Nacionales de 9 de Julio y 70 vecinos protegidos por 50 hombres del Regimiento Nº 5 de Caballería de Línea, toda el ala era dirigida por el Coronel Boerr. La retaguardia fue cubierta por el teniente Coronel Leyría con 140 Guardias Nacionales y 40 indios amigos. Ante la proximidad del enemigo Rivas ordenó al Teniente Coronel Palavecino del Regimiento de Caballería Nº 9 que con sus tropas y 200 guerreros se constituyera en vanguardia de la división (ver gráfico fase I). Ante la inminente batalla, las fuerzas marchaban listas para enfrentarse a la indiada de Calfulcurá en cuanto ésta se presentara, medida que resultó de lo más acertada.

La batalla

Palavecino que marchaba con la vanguardia a 3 kilómetros del cuerpo principal informó que los indígenas se aproximaban con fuerzas considerables por lo que Rivas ordenó al Coronel Ocampo que dirigía la columna del centro ubicarse con sus hombres a la izquierda de los de Palavecino. Entre tanto el Coronel Boerr ocupó la extrema izquierda y los guerreros de Catriel la derecha (ver gráfico fase II).

Calfulcurá organizó su ejército en cuatro grupos: el Cacique Renquecurá con 1.000 guerreros formó el ala izquierda, Catricurá con otros tantos se ubicó en el centro (indios de Salinas y Pincén), Manuel Namuncurá con 1.000 más formó la derecha (araucanos) y finalmente Mariano Rosas con 500 ranquelinos quedó como reserva.

Calfulcurá arengó a sus tropas e hizo desmontar a parte de sus hombres con el fin de utilizar las mejores caballadas para atacar al ejército nacional por los flancos. A continuación el ala derecha y el centro del chileno cargaron contra las fuerzas argentinas que respondieron echando pie a tierra y disparando sus armas contra la indiada que a pesar de las bajas se aproximó produciéndose un durísimo combate cuerpo a cuerpo. La falta de entusiasmo de las cargas de la indiada del Cacique General Coliqueo en el ala izquierda de Boerr permitieron que el enemigo les arrebatara la caballada, ante lo crítico de la situación Rivas ordenó a la reserva del Teniente Coronel Leyría reforzar dicha ala (ver gráfico fase III).

En la derecha nacional **Catriel hizo desmontar a la mitad de sus hombres, su indiada realizó las cargas sin decisión, fingiéndose vencidas**. El valiente Cipriano solicitó a Rivas su escolta personal para colocarse a retaguardia de su propia indiada y fusilar a los que intentasen desertar con lo que permitió mantener firme este sector. **Poniéndose él mismo al frente de sus hombres realizó una impetuosa carga contra la indiada de Renquecurá logrando rechazarla**. A media hora de comenzado el combate el resultado del mismo era dudoso, las fuerzas de Calfulcurá cargaban continuamente sobre los flancos nacionales siendo rechazados en todas las oportunidades; a medida que el tiempo pasaba los salvajes iban internando el ganado robado en el desierto por lo que Rivas decidió definir la batalla. A tal fin ordenó a Ocampo, Boerr, Coliqueo y Leyría que rompieran el cerco cargando contra el enemigo.

El Batallón Nº 2 de Infantería de Línea abrió un intenso fuego contra la derecha enemiga a la vez que las fuerzas de Leyría, Coliqueo y Catriel dirigidas personalmente por el General Rivas realizaban una impresionante serie de cargas que rompieron las líneas enemigas comenzando el desbande de las fuerzas de Calfulcurá. También Boerr con sus tropas reorganizadas se les unió contribuyendo con eficacia a la derrota de los salvajes. **Rotó la línea de batalla enemiga y desmoralizados los indios, Rivas comenzó la persecución que se extendió por unas 14 leguas completando de esta manera la completa dispersión del enemigo**. La misma no pudo prolongarse más debido al cansancio de la propia caballada, el polvo, la falta de agua y el calor del día.

Las consecuencias de la batalla

Al culminar la batalla quedaron sobre el campo 200 guerreros de Calfulcurá muertos y numerosos heridos. Las fuerzas nacionales tuvieron 35 muertos y 20 heridos.

El cacique chileno que por más de 20 años había asolado impunemente la campaña argentina había sido escarmentado y se retiraba a Salinas Grandes a curarse las heridas. La rapidez con la que reaccionaron Boerr y Rivas ante la invasión para cortar la retirada de los salvajes, la velocidad con que se efectuaron las marchas forzadas, el valor de las fuerzas nacionales e indios amigos y el coraje y acertadas tácticas de Rivas en el momento clave del combate permitieron la victoria que marcó el inicio del fin de la confederación de tribus creada por Calfulcurá. **El 4 de junio del año siguiente éste murió con casi 100 años de edad en Salinas Grandes, su testamento decía: "No entregar Carhué al huinca"**, lo que señalaba que aún quedaba una dura lucha por delante. Tras su muerte comenzó la disgregación de su confederación, el reinado de terror del cacique araucano tocaba sus horas finales y **las campañas de Alsina y Roca terminarían para siempre con el peligro del malón afirmando la soberanía argentina en las tierras del sur**.

Bibliografía

Ramírez Juárez, Evaristo. Teniente Coronel: La Estupenda Conquista, segunda edición, Buenos Aires, Plus Ultra, 1968.
Piccinalli, Héctor Juan. Coronel: Vida del Teniente General Nicolás Levalle, Buenos Aires, Círculo Militar, 1982. Biblioteca del Oficial, vol 708.
Prado, Manuel. Comandante: La Guerra al Malón, Buenos Aires, Xanadu, 1976.
Serres Gutiérrez, Alfredo, M. La Estrategia del General Roca, Buenos Aires, Pleamar, 1979.
Walthier, Juan Carlos. La Conquista del Desierto, cuarta edición, Buenos Aires, EUDEBA, 1980.
Zeballos, Estanislao. S. Calfulcurá, Relmú, Páiné, Buenos Aires, El Elefante Blanco, 1989.
Zeballos, Estanislao. S. La Conquista de las 15.000 leguas, Buenos Aires, Hyspamérica, 1986.
Zeballos, Estanislao. S. Viaje al País de los Araucanos, Buenos Aires, Solar, 1994.
Sebastián Miranda

[Arriba](#)

- [Reporte este mensaje](#)
- [Responder citando](#)

CACIQUES

 por **Invitado** el Dom Mar 18, 2007 6:49 am

CALFUCURÁ, JUAN

Cacique araucano chileno que entró a nuestro territorio por el año 1830 en carácter de invasor y se instaló en las Salinas Grandes cercano a un lugar llamado Massallé (**actual Provincia de La Pampa, muy cerca del límite con la Provincia de Buenos Aires, a la altura de Carhué**) y pidió asilo y protección a otro cacique araucano conocido como **Mariano Rondeau** que era el principal jefe de la nación borogana.

Dado los hábitos belicosos de Culfucurá, que participaba en malones y asaltos sobre las tierras de los cristianos, hubo discrepancias con el cacique **Rondeau** que vivía en paz y amistad con los cristianos, por cuanto en 1833 había participado de la columna expedicionaria de Rosas como auxiliar de la misma , para pacificar a los ranqueles.

El 13 de agosto de 1834, **Calfucurá** con la cooperación de otros caciques araucanos, **asesina** en un parlamento al Jefe Borogano **Rondeau** y a varios de sus lugartenientes que se negaban a participar en malones contra el cristiano. Quienes no mueren son reducidos a prisión y **Calfucurá se hace proclamar Emperador de la Pampa y adopta el grado de general**, dando nacimiento a un gobierno indígena y a una dinastía que recién en el año 1884, sería derrotada como poder político entre los aborígenes.

Calfucurá se antepone el nombre de Juan y manda a confeccionar un sello con la siguiente leyenda: "General Juan Calfucurá-Salinas Grandes", con el cual sella toda correspondencia oficial.

También designa un ministro que efectúa las veces de secretario, leguarez y confidente, llamado Manuel Acosta o Manuel Freyre, de origen chileno, muy inteligente, taimado y cruel. La influencia de Acosta sobre Calfucurá es decisiva, dado que **el cacique no sabía leer ni escribir**. Para afianzar su dominio político y militar sobre las demás tribus del desierto **Calfucurá hace cruzar la cordillera a numerosos caciques araucanos de su confianza**, quienes entran a territorio argentino al frente de sus nutridos escuadrones de lanceros. Entre estos caciques se encontraban hombres como **Mayquín** cuyo nombre equivale al envidioso, cruel y valiente guerrero y junto con éste, los caciques **Quillapán Calkvucoy, Mari-hual y Calvuén**.

Con estas aguerridas fuerzas, **Calfucurá unifica por las buenas y las malas, todas las tribus indígenas dispersadas en el vasto territorio de la llanura pampeana** que abarca de la cordillera al Atlántico y de la Patagonia hasta el sur de Córdoba y Santa Fe.

Para este tiempo y luego en años posteriores, las naciones indígenas piensan constituir una **Confederación Indígena Americana** que agrupan a todas las parcialidades aborígenes del continente, pero la carencia de comunicaciones, los intereses dispares, la falta de instrucción, la barbarie en que vivían muchos de ellos, tornan imposibles esos planes.

En realidad Juan Calfucurá, alentaba ideas de un gran imperio que sólo puede mantener su vida y unos escasos años a través de su **hijo Namuncurá**. El día 14 de junio de 1873, **Calfucurá**, el gran jefe indio, soberano de Salinas Grandes, **moria así centenario** en sus toldos de Chiloé, al oeste de Salinas, repitiéndose como una alucinación a su hijo Manuel Namuncurá: **"no entregar Carhué al Huinca"**. Poco tiempo antes de morir había luchado en San Carlos de Bolívar contra las fuerzas militares, en un combate de épicas resonancias, donde el triunfo casi estuvo de su lado, a pesar que debió ser ayudado a montar su caballo, porque sus casi cien años ya le impedían hacerlo.

NAMUNCURÁ, MANUEL

Cacique principal de origen araucano chileno, **hijo de Juan Calfucurá**, llamado el **Emperador de Salinas Grandes**. Heredó el mandato total de su padre, al morir este guerrero casi centenario el 14 de junio de 1873. La traducción de su nombre significa pie de piedra y era sobrino del cacique Reuque-Curá, un araucano chileno afincado en Neuquén que casi sobrepasaba a Calfucurá en número de guerreros.

Namuncurá vivió en el paraje llamado Chiloé, cerca de las Salinas Grandes, entre los años 1830-1835. Las tribus de Manuel Namuncurá eran de origen pampa y ranquel y se integraban en el año 1873, con la cantidad de 25 caciques, 100 capitanejos y más de 2500 guerreros valerosos y arrogantes.

Si la situación de tensión en la frontera no había alojado en ningún momento después de la muerte de Calfucurá, la gota que colmó el vaso fue la decisión de Alsina de enviar una comisión a hacer un estudio topográfico de los campos de Guaminí, Carhué y Pinán, para adelantar hasta allí los fuertes.

Carhué era el punto codiciado, la clave. Ya lo había previsto Calfucurá, moribundo (y la leyenda quiere que sean sus últimas palabras): **"No abandonen Carhué al huinca"**.

Conceder de todos estos movimientos, en una carta enviada al jefe de Bahía Blanca, en noviembre de 1875 Namuncurá es firme en suposición:

"He tenido instrucciones de que el superior gobierno dispone mandar una comisión de ingenieros a examinar la naturaleza de Carhué y por este incidente puse un poco de atención comunicándole a todos mis caciques y capitanes, en donde juntamente conmigo nos parece mal esta disposición que hace por parte del superior gobierno llamando la atención de este incidente, reconocemos que, como todavía no nos hemos dado la mano derecha para quedar definidos los arreglos de paces, se ordena una disposición que agrava a nuestro estado de los indios quitarnos el campo del Carhué sin haberse vendido, dicho campo se halla de esta parte de la línea de fortines ocupado de hacienda, en que se agrava el mal de nuestro trabajo de la boleadoras, siendo como heredero de mi finado padre, que tanto ha trabajado en tiempo de la Independencia, ha pelado en contra de los indios que no querían ser amigos con los cristianos, estableciendo sus posiciones en los campos que ha sabido defender y, por ser campos heredados, los defendiendo como a el Carhué, Arroyo Sur, Arroyo del Venado y del Guaminí y Arroyo Corto y del Pescado, Arroyo del Sauce, que anterior los defendía mi finado padre, y por esta causa se ofrece dar alguna comunicación de esta observación, comunicándole que he soñado que los cristianos me quitaban el campo. Si en caso estos campos que defendido me los sacan entonces me meteré entre los cristianos y haré grandes daños y sabremos quién podrá más."

La amenaza de Namuncurá habrá de cumplirse y será terrible. Dando origen a lo que fue el formidable malón grande de fines de 1875.

En la Navidad de diciembre de 1875, **Azul, Olavarría y otros departamentos vecinos nos asolados por un malón que llega hasta Benito Juárez, Tapalqué**, que se llama el Malón Grande por su magnitud.

Los indios permanecen 12 o 13 días en la zona del Azul saqueando estancias, quemando y tomando cautivos, y Namuncurá logra que **Juan José Catriel**, que es el cacique porque a Cipriano lo asesinaron en noviembre del '74, se subleve contra el gobierno -en ese momento era presidente Avellaneda.

Las cifras hablan de **5.000 lanzas** que se llevaron **300.000 cabezas de ganado, 500 cautivos y dejaron 200 muertos**. El fuego, el saqueo y el degüello fue la feroz respuesta de Namuncurá a los planes del gobierno. El último contraste que tuvo este malón fue el combate en la Laguna Paragüil -actual partido de **General Lamadrid**. Se enfrentaron 3.000 indios acaudillados por **Namuncurá, Catriel y Pincén** con el Tte. Cnel. **Levalle** que marchó al encuentro y bajo una densa niebla se libró el enfrentamiento. Peleando cuerpo a cuerpo. Cinco horas después y cuando se despeja la niebla, se comprueba que los indios, numéricamente muy superiores, rodean a las fuerzas de Levalle. La difícil situación pudo ser salvada por la reserva de Levalle (Regimiento 1º de Caballería), al mando del Coronel Maldonado, que cargando contra los indios, los lancea, matando a muchos, en tanto que los demás huyen dejando hacienda robada.

En abril de 1876 las fuerzas del coronel Levalle ocupaban Carhué, para siempre.

Hacia el año 1877, varios caciques cansados de persecuciones y matanzas, se entregan, entre ellos Tripailao y Manuel Grande que lo hacen en Carhué. Namuncurá queda solo con 1000 guerreros armados de lanza y cuchillo, contra las fuerzas nacionales que los ametrallan con grandes krupp y fusiles de repetición. Para esos tiempos el Gran Imperio de las Pampas ya se ha derrumbado.

En 1878/79 tiene lugar la Campaña del Desierto comandada por el Gral. Roca.

El cacique **Namuncurá se entrega** finalmente en la localidad neuquina de Norquín un 24 de marzo de 1884.

Un hijo de Namuncurá y nieto de Calfucurá, llamado **Ceferino**, alcanza notoriedad al convertirse a la religión católica y pasar a Buenos Aires a estudiar.

PINCÉN

Cacique pampa que operaba a las ordenes del araucano chileno Calfucurá, pero a la muerte de este jefe indígena, se independizó; raras veces escuchaba los pedidos de Namuncurá, en su carácter de heredero de la Confesión Salinera.

Vivió muchos años en las cercanías de la laguna de Malalcoé, aproximadamente a **unos 50 kilómetros de Trenque-Lauquen**. Pincén o Pinthén como en ocasiones le llamaban, tenía tan solo 150 guerreros, pero debido a su prestigio y audacia muchos caciques y capitanejos se ponían a sus ordenes para maloquearen tierras del criollo argentino. Con sus aliados, **Pincén llegaba a las 600 lanzas**, entre ellos figuraban caciques como Melideo y otros de menor importancia. Sus malones fueron famosos por la crueldad, astucia y valentía de que hacía gala. Nunca jamás quiso firmar tratados ni compromisos con el Huinca y si alguna vez otro cacique aceptaba la paz, Pincén se encargaba de romperla llevando sus malones al corazón de la tierra del cristiano blanco. Era un verdadero y autentico guerrero pampa; el propio Alsina lo retrata diciendo "...indio indómito y perverso, azote del norte y oeste de la provincia . Jamás se entregará a no ser que un golpe de la fortuna lo haga nuestro prisionero. Pincén se conservará rebelde, dado el sometimiento de las otras tribus hostiles. Para mí, es el tipo del hijo del desierto: indómito y salvaje."

Cuando lo hicieron prisionero tenía 70 años de edad y vivía con 4 mujeres, una de ellas era blanca y, según noticias, sobrina del militar Arredondo.

CATRIEL, JUAN

Cacique principal de la **nación pampa**, caracterizado por su **amistad y aprecio hacia los hermanos criollos**. En muchas oportunidades la tribu de Juan Catriel **colaboro con las autoridades para evitar el pillaje de los aucas chilenos** y de grupos cristianos alzados y renegados que inundaban la campaña argentina.

Este cacique vivió en sus tierras conjuntamente con los cristianos, hasta que falleció en un combate librado contra indígenas maloqueadores, luchando junto al coronel Barros y al cacique Quentrel. El cacique Catriel fue colaborador y auxiliar en la expedición de Rosas al desierto en el año 1833 y junto con él colaboraron los caciques Fracamá, Reilet, Venancio Cayupán, Llanquelén, Chacul y otros más. Años antes, en 1827, había colaborado con el coronel en Rauch, secundado por el cacique Negro y sus tehuelches. Podemos decir que el Gran Cacique Juan Catriel, colaboró con Juan Manuel de Rosas, hasta su caída del gobierno en 1852. Fue muy amigo también de los caciques Cachul y Lucio que tenían sus tribus en las costas del arroyo Tapalquén, al noroeste de la población del Azul. A su muerte le sucedió en el mando de su tribu su hijo Cipriano. Los indígenas conocidos posteriormente como catrieleros, viven en nuestros días en pequeñas propiedades que mantiene cerca de la localidad de **Los Toldos** en la provincia de Buenos Aires.

CATRIEL, JUAN JOSÉ

Cacique pampa, **hijo de Juan Catriel y hermano de Cipriano** y de Marcelino Catriel. Este cacique tuvo actuación entre los años 1865-1878. **luego de la injusta muerte de su hermano Cipriano Catriel por orden de su propio hermano Juan José Catriel**, quedó al frente de la tribu y continuó viviendo en el mismo lugar, **cercano a Azul**, donde siempre había vivido la tribu de los catrieleros. Juan José no quiso tener tratos con las autoridades. Consideraba a su hermano Cipriano como un traidor a la estirpe, pero él se aprovechaba de los criollos argentinos para robarles su hacienda o hacerse entregar harina, carye, yerba, tabaco y ropas. Cipriano en cambio, lo mismo que a los demás caciques que vivían en paz, criaban a sus vacas, ovejas o caballos y sembraban maíz y avena, para mantenerlas. En una malón que fracasó, las autoridades persiguieron a Juan José y a su hermano Marcelino, salvándose con sus familias, porque el día antes habían mudados sus toldos seis leguas de distancia.

ROSAS, MARIANO

Paghitruz Güor, "zorro cazador de leones" nació hacia 1825 a orillas de la laguna **Leuvuco**, (30 kilómetros de Victoria, nordeste de La Pampa). Fue el **segundo hijo del cacique Painé y de una cautiva**.

Así fue que, cuando era niño, Paghitruz y otros chicos indígenas fueron tomados prisioneros junto a la laguna de Langhelo, cerca de Melincué, mientras los lanceros intentaban un malón hacia la frontera norte. La partida militar los trasladó engrillados hasta Santos Lugares. Poco después **los llevó en presencia de Juan Manuel de Rosas**.

Al enterarse de que Paghitruz era hijo de un cacique famoso, el Restaurador "le hizo bautizar, sirviéndole de padrino, le puso **Mariano en la pila, le dio su apellido** y le mandó con los otros de peón a su estancia del Pino", cuenta Mansilla, el mismo sobrino de Rosas.

Entre rebencazos gratuitos y muestras de afecto, allí aprendió a leer y escribir, y se hizo diestro en las faenas rurales. "Nadie bolea, ni piala, ni sujeta un potrero del cabestro como él", diría el escritor. **Pero en seis años no perdieron la nostalgia por la toldería**.

Una noche de luna llena de 1840, los chicos ranqueles montaron los mejores caballos y escaparon. Anduvieron perdidos, pero lograron escabullirse de sus perseguidores y engañar a la Policía. Llevaba poco tiempo de regreso en Leuvuco, cuando Mariano recibió un regio regalo de su padrino. "Consistía en doscientas yeguas, cincuenta vacas y diez toros de un pelo, dos tropillas de overos negros con madriñas oscuras, un apero completo con muchas prendas de plata, algunas arrobas de yerba y azúcar, tabaco y papel, ropa fina, un uniforme de coronel y muchas divisas coloradas", relata Mansilla. Con el obsequio venía "una cartita meliflua" y la invitación a visitarlo. Pero Mariano, tras consultar a las "agoreras", juró no dejar nunca su tierra. Conservó hasta en las firmas su nombre cristiano, guardó eterna y pública gratitud hacia su padrino, pero no abandonó su lengua ni su pago. **Ni siquiera cuando la viruela diezmó a su tribu y el Gobierno le ofreció trasladarlos**.

En 1858 asumió la máxima conducción del cacicazgo —pertenecía a la dinastía de los zorros, la más prestigiosa—, flanqueado por otros **dos grandes caciques: Baigorrita y Ramón el Platero**.

Fue un importante jefe en la guerra contra el huinca. Mariano Rosas murió de enfermedad el 18 de agosto de 1877.

Invitado

[Arriba](#)

- [Reporte este mensaje](#)
 - [Responder citando](#)

AVANCE DEL TENIENTE CORONEL FREYRE DESDE BOLIVAR A GUAMINI

📄 por **Invitado** el Dom Mar 18, 2007 6:57 am

AVANCE DEL TENIENTE CORONEL FREYRE DESDE BOLIVAR A GUAMINI (1876)

Las instrucciones dadas por Adolfo Alsina en 1876, cuando convocó a una reunión de mandos en Olavarría expresaban el objetivo de ocupar la zanja que lleva el nombre del Ministro de Guerra y Marina de Nicolás Avellaneda (1874-1880).

La División Oeste al mando del Teniente Coronel Marcelino Freyre, debía ocupar Guaminí partiendo del fuerte San Carlos (Bolívar).

Antes de seguir con el análisis del avance de la División Oeste, debemos aunque sea señalar que el objetivo del plan de Alsina fue ocupar Carhué, Trenque Lauquen, Italo, Puán y **Guaminí, puntos que eran [b]utilizados como aguadas por los indios.**

La División Oeste se componía del Regimiento N° 2 de Caballería de Línea al mando del Sargento Mayor Roque Peñiádo y el Batallón 7 de Infantería mandado por el Jefe de la División, a los que se agregaban 34 Guardias adicionales y 60 indios amigos, lo que hacía un total de **6 Jefes, 34 oficiales y 645 hombres de tropa.**

El **18 de marzo de 1876** se dio el orden de preparar se para la marcha, haciendo adelantar previamente hasta **Cabeza del Buey (actual laguna Cabeza del Buey, ubicada a pocos kilómetros del casco urbano de Bolívar)**, antigua aguada de la indiada que en ese momento se encontraba seca: una avanzada al mando del Capitán García compuesta por 1 oficial Y 30 soldados del 2 de Caballería, 30 soldados del 7 de Infantería, 34 Guardias Nacionales y 60 indios. Cabe consignar que fue necesario construir allí dos jagüeles para proveer de agua al personal y al ganado. El día 19 de marzo llegó a ese paraje el grueso de la expedición.

El hecho de no conocer aguadas en el recorrido hacia Guaminí hizo necesario adelantar comisiones de reconocimiento hasta la próxima etapa en la región del **medano El Deseado (en la cercanía de la actual Urdampilleta)**. El día 21 se tocó diana a las tres y media de la mañana, llegando a las cinco de la tarde al medano nombrado en último término, **recorriendo desde Cabeza del Buey 31 kilómetros.**

El terreno era accidentado, el camino ancho, buenos pastos y mucha abundancia de leña de cardo. A ambos lados del camino había grandes médanos con lagunas de agua dulce y pequeños jagüeles. Se estableció allí un fortín que estaba ubicado a 30 cuadras de donde funcionaba la Escuela Nacional N°18 de Urdampilleta (antes llamada Torrecita).

El 23 luego de una nueva jornada, la División llegó al **medano "El Tordillo" [hoy conocido como Fortín Tordillo, ubicado en el partido de Daireaux a 6 km de la ciudad de Daireaux].**

Los indios que acompañaban a la División indicaron que **"El Tordillo" era el lugar de reunión de la indiada luego de las invasiones, desde donde lanzaban los malones hacia Nueve de Julio, Tapalqué y Alvear.**

El 25 se reinició la marcha hasta llegar a un medano que Freyre denominó "El Traful", recorriendo luego 9 kilómetros más, debiendo acampar por el mal estado del camino, que dificultaba la marcha.

El 27 se recomendó el avance hasta llegar y acampar en el medano "La Viznaga", luego de recorrer 20 kilómetros.

El 28 partió la División a las cinco de la mañana acampando luego de once horas de marcha en la laguna Ebelot, después de haber recorrido 25 kilómetros.

El 29 a las cuatro de la tarde hicieron alto en el medano "Trenquelocogüé", para luego marchar hasta "El Divisadero", distante 11 kilómetros de la laguna Ebelot.

El 30 de marzo antes de ocupar Guaminí, el Teniente Coronel Freyre mandó adelantarse al Regimiento 2 de Caballería para que enfrentara a 300 indios del cacique Catriel a los que batieron.

En "El Divisadero" (**la zona del actual de Bonifacio**), la División abandonó el rumbo indicado por la vanguardia del Capitán García, hasta situarse al **norte de la laguna del Monte o Guaminí**, punto terminal de la expedición, en donde se situó el campamento, dándose comienzo a la construcción del foso de defensa ordenado por Alsina. En el oeste de esa laguna se procedió a trazar un futuro pueblo, **hoy ciudad de Guaminí.**

Finalmente es necesario destacar que a lo largo del trayecto entre San Carlos y Guaminí, el Teniente Coronel Freyre mandó construir varios fortines en las zonas de aguadas.

En su recorrido por los campamentos de la **nueva línea, en 1877,** el Ministro de Guerra Dr. Adolfo Alsina se manifestó complacido por el adelanto del campamento y el empeño demostrado por sus autoridades. El periodista Remigio Lupo, al pasar en 1879, exaltó el **desarrollo alcanzado por Guaminí,** lo que le da un aire de muy marcada superioridad sobre algunos de los pueblos de la campaña.

El Coronel Freyre denominó a la Comandancia y al pueblo como "Santa María de Guaminí", en homenaje a la Virgen y a su esposa, doña María Fraga López y Rodríguez del Fresno.

Invitado

[Arriba](#)

- [Reporte este mensaje](#)
- [Responder citando](#)

Re: CACIQUES

📄 por **Invitado** el Mar Dic 25, 2007 3:06 pm

**EL CAPITÁN DON RUFINO SOLANO
EL DIPLOMATICO DE LAS PAMPAS
por Omar Horacio Alcántara**

El Capitán Don Rufino Solano actuó en la llamada "Frontera del desierto" entre los años 1855 y 1880, donde desarrolló un papel incomparable dentro de nuestra historia argentina. Por su labor, conoció y trató personalmente con las más altas autoridades, tales como Justo José de Urquiza, Domingo F. Sarmiento, Nicolás Avellaneda, Bartolomé Mitre, Marcos Paz, Adolfo Alsina, Martín de Gainza y hasta el mismísimo Julio A. Roca. En el ámbito militar actuó y combatió bajo las órdenes del Coronel Álvaro Barros, coronel Francisco de Elías, general Ignacio Rivas, coronel Benito Machado, entre otros. En el ámbito eclesiástico, fue además el eslabón militar con el Arzobispado metropolitano, en la figura de su Arzobispo Monseñor León Federico Aneiros, denominado "El Padre de los indios". Esta última tarea lo llevó a actuar muy estrechamente con el P. Jorge María Salvaire, mentor y fundador de la Gran Basílica de Nuestra Señora del Luján.

El Capitán Solano junto al Cacique Namuncurá y tres Capitanejos

Este militar, con verdadero arte y aplomo, también se vinculaba y relacionaba con todos los Cacicques, Caciquejos y Capitanejos de las pampas, adentrándose hasta sus propias tolderías para contactarlos. Mediante estas acciones, logró liberar cientos de personas, entre cautivas, niños, canje de prisioneros e incluso funcionarios, como es el caso de Don Exequiel Martínez, Juez de Paz de Tapalqué, en una época donde arciaban los terribles malones tanto a los poblados, como en la zona rural.

Del mismo modo, mediante esta labor mediadora y pacificadora, logró evitar incontables enfrentamientos y ataques a las poblaciones. Es por ello, que prestigiosos y académicos historiadores, concluyen sin vacilar que "durante casi veinte años el Capitán Solano logró mantener la paz en sus confines (sic)" R. Entratgas, Op. Citada. Galardonan su legajo militar dos glosas manuscritas por el Coronel Álvaro Barros, fundador de Olavarría, donde lo colma de mercedos elogios.

Por este don que poseía, el Ministro de Guerra Adolfo Alsina, ante una gran multitud reunida en el Azul en el mes de diciembre del año 1875, le manifestó: "Capitán Rufino solano, usted en su oficio es tan útil al país como el mejor guerrero". Es que, mediante tratados de paz, logró evitar los ataques a la región durante la guerra con Paraguay, donde existía mucha debilidad en la frontera.

Si bien era poseedor de una gran valentía, lo que más lo identificaba era su técnica y poder de persuasión, no solo porque dominaba el idioma araucano a la perfección, sino porque además sabía como plantarse ante los bravos caciques y demostrar su firmeza, sinceridad y honestidad en su trato; esta innata virtud le permitió gozar del máximo prestigio y confianza de ambos bandos.

Mediante su atinado manejo de las situaciones críticas, logró evitar mayores derramamientos de sangre y por este aspecto, con toda justicia, se lo conoció como "El diplomático de las pampas". Su actividad se vio interrumpida cuando el General Julio A. Roca decidiera llevar a cabo la "conquista del Desierto", en 1880, contienda en que la que Rufino Solano no participó. Pero si actuó valientemente como soldado cuando debió defender a los suyos, como veremos más adelante.

En cumplimiento de su tarea, se lo vio acompañando a cuanta delegación de indígenas se acercó a Buenos Aires a parlamentar con las autoridades nacionales, sean estas políticas, militares o eclesiásticas. Cuando venía con estas embajadas, se alojaba en el Hotel Hispano Argentino u otro de Buenos Aires, en muchas ocasiones en los Cuarteles del Retiro, e iba con ellos a las distintas entrevistas y audiencias, finalizadas ellas, los acompañaba de regreso, cabalgando con ellos, rumbo a la frontera.

En la fotografía se lo puede ver junto a varios Cacicques, enviados de Calfucurá, esperando una entrevista con el General Justo J. de Urquiza.

El diplomático de las pampas

Durante sus servicios, efectuó travesías de miles de kilómetros a caballo, siempre acompañado por un puñado de soldados e incluso en muchas ocasiones se aventuraba en soledad; solía pasar varias jornadas en las tolderías, donde era admitido y aceptado merced al enorme respeto y consideración que se le tenía, cada acercamiento le permitió retirarse llevándose cautivas y prisioneros de los indios.

Este "hombre de dos mundos" sabía hablar el idioma de los indígenas a la perfección, especialmente el araucano, la lengua de Calfucurá, Namuncurá, Pinsén, etc., manejando los términos adecuados para manifestarse ante estos líderes; pero, también poseía la misma valiosa virtud, para tratar con sus mandos, en castellano, tanto militares como del Gobierno Nacional, para arribar a acuerdos ecuanimes y que finalmente se cumplieran. Esta honestidad en su comportamiento, le permitía a Solano ser bien recibido en las tolderías para lograr salvar nuevas vidas.

En cierta ocasión, durante sus recorridos por la frontera, sorpresivamente se encontraron copados por una gran cantidad de indios, en la oportunidad Solano iba con un pequeño grupo de soldados. Estos soldados con armas en mano, se prepararon para una rápida retirada, pero el Capitán les ordenó que se quedarán quietos, comprendió que actuando de esta manera lo único que iban a lograr sería que los "chucearan" por la espalda. En vista de ello, les pidió que lo esperaran, que iría a parlamentar para tratar de salvar sus vidas, y de inmediato se dirigió solo hacia un individuo que, por su postura y aspecto, parecía era el líder de la indiada. Tras este parlamento, donde solo Dios sabe lo que le dijo, todos se adelantaron hasta la toldería, y luego de un par de días regresaron con un grupo de cautivas y prisioneros, e incluso fueron escoltados por los propios indios y este caciquejo hasta las cercanías del fuerte. Este hecho y muchos episodios más, se encuentran plasmados en valiosos manuscritos de la época, obrantes en el Archivo Histórico del ejército

Argentino, como claro testimonio del prestigio que gozaba este ilustre azulero.

Durante su larga vida de frontera, son innumerables los momentos en que la vida del Capitán Solano en la cual estuvo a cinco centímetros de punta de una lanza, donde logró salvar su vida, y la de muchos, gracias a esta prodigiosa habilidad que poseía.

Rufino Solano actuó en los Fuertes Estomba, Blanca Grande y del Arroyo Azul, entre tantos otros, y por su desempeño militar se lo considera uno de los forjadores de las fundaciones de las ciudades de Olavarría, San Carlos de Bolívar, entre otros lugares donde le tocó servir.

Rescate de prisioneros de la ciudad de Rosario, Santa Fe

Para el año 1873, en un multitudinario acto, le fue entregada por la Comisión de Beneficencia de Damas y el Club Social de la ciudad de Rosario de Santa Fe, una medalla de oro en premio a sus servicios rescatando prisioneros y cautivos residentes en esa ciudad. En dicho acto también se le hizo entrega de un testimonio de gratitud que manifiesta lo siguiente: "Rosario, 5 de agosto de 1873. Al Capitán Don Rufino Solano: Me es satisfactorio dirigirme a Ud. Participándole que el "Club Social" que tengo el honor de presidir resolvió en asamblea general obsequiar a Ud. Con una medalla de oro que le será entregada por el socio Don José de Caminos la que tiene en su faz verdadera expresión de los sentimientos que han inspirado al "Club Social" a votar en su obsequio este testimonio de simpatía y agradecimiento por la atenta abnegación y generosidad con que penetró hasta las tolderías de los indios de la Pampa para realizar el rescate de los cautivos cristianos, llevando con plausible resultado la difícil y peligrosa misión que le encomendó la Comisión de rescate del Rosario. Esta sociedad no podrá olvidar tan preciosos servicios y ha resuelto acreditarle estos sentimientos con este débil pero honroso testimonio. Manifestando así los deseos del "Club Social" del Rosario, me complazco en ofrecer a Ud. Toda mi consideración. Firmado: Federico de la Barra (Presidente)". Dicho acontecimiento fue reproducido en las primeras planas de todos los diarios de la ciudad de Rosario y de la Capital Federal, de aquella época.

Luego de finalizar la conquista, los indios continuaron buscando al Capitán Solano para que les ayudara a conseguir tierras donde vivir y muchos de ellos las consiguieron gracias a su influencia, conduciéndolos ante el mismísimo Presidente de la República, General J. A. Roca, a efectuar sus justos peticiones; así lo hicieron el Cacique Valentín Sayhueque, Manuel Namuncurá, la Reina de los Indios Catrieleros Bibiana García, entre muchos otros. En esos territorios obtenidos hoy se hallan enclavadas las ciudades de Catriel, Valcheta y muchas poblaciones más, dentro del territorio de las provincias de Buenos Aires, La Pampa y de Río Negro.

Blanca Grande, Olavarría. Batalla de San Carlos, Bolívar. Muerte de Calfucurá.

El capitán Rufino Solano intervino en numerosas batallas en defensa de los pueblos fronterizos, enfrentándose al ataque de malones (San Carlos de Bolívar, Azul, Olavarría, Cacharí, Tapalqué, Tandil, Bahía Blanca, Tres Arroyos, etc.), entre ellas son dignas de mencionar su intervención en Blanca Grande a las órdenes de los coroneles Benito Machado y Alvaro Barros y más tarde, a partir de 1868, junto al coronel Francisco Elías, sentando las bases de la actual ciudad de Olavarría. Junto al general Ignacio Rivas, con el grado de capitán, participó en la feroz e encarnizada batalla de San Carlos, el 8 de marzo de 1872, abriendo los cielos de la hoy ciudad de San Carlos de Bolívar; en esta última contienda, que duró todo el día, los indios, reconociéndolo, le gritaban "pásele Capitán!!". En esta batalla, en la que participó como jefe del cuerpo de baqueanos, y fue debido a sus indiscutibles conocimientos de los campos que la División del General Ignacio Rivas logró hacer marchas rapidísimas. Su intervención en San Carlos no impidió a este valiente soldado, que al poco tiempo de esta decisiva batalla, se presentara nuevamente en la propia toldería de del temible cacique Calfucurá, su contrincante vencido, apodado "El Soberano de las pampas y de la Patagonia", siendo casi un milagro que no lo mataran; no solo ello, sino que al cabo de algunos días pudo retirarse llevándose consigo decenas de cautivas a sus hogares.

Este episodio es único e inolvidable, porque Calfucurá, sintiéndose morir, en la noche del 3 de julio de 1873, le indicó al Capitán Solano que debía retirarse, porque sabía que luego de su muerte lo iban a ejecutar junto con todas las cautivas. Así lo hizo, e inmediatamente luego del fallecimiento del cacique, partió el malón a alcanzar al rescatador y las cautivas; se escuchaban cada vez más próximos los aterradoros alaridos de sus perseguidores y cabalgando durante toda la noche, finalmente lograron salvarse llegando a sitio seguro. Fue así como el Capitán Rufino Solano fue el último cristiano que vio con vida a este legendario cacique. El cual, en sus últimos instantes de vida, tuvo un gesto de majestuosa grandeza y generosidad. Por esta verdadera hazaña, el Capitán Solano fue recibido con admiración y gratitud en Buenos Aires por el Arzobispo Aneiros, el Presidente de la Nación y todo su gabinete. Monseñor Aneiros mandó a colocar, en el Palacio del Arzobispado, una placa conmemorativa de este singular suceso.

Su participación junto a la Iglesia.

A propósito de esta máxima figura de la Iglesia Argentina, el Arzobispo Federico León Aneiros, como dijimos, denominado "El Padre de los indios", en numerosas oportunidades, el Capitán Rufino Solano le ofició de enlace e intérprete con diversas embajadas de líderes indígenas, con quienes, esta célebre autoridad eclesiástica del país, mantuvo varias reuniones en mencionado Hotel Hispano Argentino de Buenos Aires y en otras oportunidades, en la propia sede del Arzobispado.

La Iglesia anteriormente había intentado un acercamiento al aborigen, fue así como en enero de 1859, el Padre Guimón, asistido por los Padres Harbustán y Larrouy, bayoneses, se internaron en Azul para entrevistarse con Cipriano Catriel, manteniendo tres encuentros con este cacique. El primero fue halagüeño, mostrándose Catriel solícito para atender los requerimientos. En el segundo, el P. Guimón expuso los proyectos de su acción evangelizadora, expresándole: "Somos extranjeros, hemos consentido el sacrificio de abandonar nuestro país, nuestros parientes y amigos, con el solo fin de dar a conocer la verdadera religión... ¡No tendría el cacique el deseo de ser instruido en ella?". "¿Por lo menos negaría el permiso de enseñarle a la gente de la tribu y especialmente a los niños?". Todo hacía prever la afirmativa respuesta del cacique, sin embargo, después de consultar al adivino y a los demás jefes, el primero mostró su negativa. Durante la tercera entrevista, respondió Catriel de este modo: "No queremos recibirlo más en adelante, ni siquiera una vez, aunque fuera solo para satisfacción de su curiosidad". Debido a este manifiesto rechazo demostrado por los indígenas, el misionero debió regresar a Buenos Aires, viendo totalmente frustrado su intento de acercamiento.

Catorce años más tarde, el 25 de enero de 1874, arriba al Azul el Padre Jorge María Salvaire (azarista) con idénticas intenciones de catequizar e impartir los sacramentos, pero esta vez contando el sacerdote y la Iglesia con la invaluable presencia interesadora del acreditado capitán Rufino Solano. Es así como debiendo internarse en la pampa, en dirección a los toldos de Namuncurá, la prudencia y la cautela de este célebre sacerdote le aconsejaron la intervención de "...el capitán Rufino Solano, hombre experimentado en la vida de frontera, que en varias oportunidades y con el mismo fin había participado para Salinas Grandes, ganándose la confianza de los caciques y capitanes, cuya lengua conocía a la perfección" (Monseñor J. G. Durán, Ops. citadas.)

Queda certificada la activa participación y la benéfica influencia ejercida por el capitán Solano, por la existencia de tres cordiales y afectuosas misivas dirigidas a él: dos enviadas por el cacique Alvarito Reumay, fechadas el 15 de febrero y 13 de marzo de 1874 y la otra remitida por el cacique Bernardo Namuncurá, del 13 de marzo de 1874. Es bien conocido que este último fue el que salvó al Padre J. M. Salvaire a punto de ser ultimado por su hermano, el cacique Manuel Namuncurá, hijo de Juan Calfucurá y padre de nuestro Ceferino Namuncurá. (Archivo Basílica Ntra. Sra. de Luján, J. M. Salvaire, Fuente citada.)

Son célebres los sucesos ocurridos en el transcurso de las mencionadas tratativas. La providencial intervención de Bernardo Namuncurá salvándole la vida al P. Salvaire, y las consiguientes promesas a la virgen efectuadas, que han dado origen a su proceso de beatificación, el cual se halla en trámite.

1) Arzobispo León Federico Aneiros y otros sacerdotes. 2) Padre Jorge María Salvaire. 3) Placa Padre Salvaire.

Fue así como el Capitán Rufino Solano trató, colaboró y le allanó el camino en la misión, casi quince años postergada, al virtuoso y venerable Padre Jorge María Salvaire, llamado "El misionero del desierto y de la Virgen del Luján", comenzando la iglesia a tener un contacto mucho más frecuente y fluido. Así lo testimonian expresivas correspondencias remitidas por el Cacique Manuel Namuncurá al Arzobispo Aneiros, destacando este cacique la presencia del Capitán Solano guiando la delegación que iba a entrevistar al ilustre Arzobispo, entre otras más. (Capítulo "Correspondencia con los caciques", Op. Citada, Cardenal S. L. Copello)

Fue el propio Padre Jorge María Salvaire quién, más tarde, colocó la piedra fundamental de la gran Basílica de Luján, el 15 de mayo de 1887, luego fue su Cura Párroco, y murió en la misma ciudad de Luján el 4 de febrero de 1899 a los 51 años de edad. Sus restos fueron depositados en el cruceo derecho de la Gran Basílica de Nuestra Señora de Luján a los pies de la imagen de la Medalla Milagrosa, al lado del Altar Mayor, donde yacen hasta el día de hoy. Por su parte, los restos del Arzobispo Aneiros descansan en un mausoleo situado en el ala derecha de la Catedral de Buenos Aires, en la capilla consagrada a San Martín de Tours.

Por cierto, resulta una verdadera injusticia que la derruida tumba de este notable militar azulero se halle ubicada en el rincón más apartado, abandonado y olvidado del cementerio de la ciudad de Azul, sitio que, sin ayuda, difícilmente se podría localizar.

Por la muy meritoria labor desplegada por el Capitán Solano, junto a estas grandes figuras de la Iglesia, no son pocos los historiadores religiosos que lo señalan y lo refieren en señal de reconocimiento a su valiosa colaboración; incluso en la más reciente actualidad, el destacado historiador Monseñor Dr. Juan Guillermo Durán, miembro de la Academia Nacional de la Historia y Director del Departamento de Historia de la Iglesia, de la Facultad de Teología de la Universidad Católica Argentina, en el año 2001, vino hasta la ciudad de Azul para fotografiar la tumba del Capitán Solano, publicándola a página completa en su libro "En los Toldos de Catriel y Ralife" (Editorial de la Pontificia Universidad Católica Argentina, 2002). Se puede afirmar, sin dudar, que el Capitán Rufino Solano sigue siendo el militar más querido y reconocido de la Iglesia.

Hace aún más valiosa y resalta su intervención, el hecho de que su figura representó el punto de inflexión entre la función del ejército y la acción de la Iglesia, cuyas posturas y principios se mostraron en aquella época, por sus disímiles naturalezas, muy a menudo enfrentadas, incompatibles y hasta inconciliables.

Para comprender y valorizar la obra del Capitán Solano, es necesario ubicarse en el contexto y en el paisaje de la época y en nuestra patria. Por esos días la frontera era como pararse en la orilla del mar, no había nada más que horizonte. En ese horizonte, de manera recóndita acechaba el peligro, los indios, la muerte, la cautividad. No existían árboles ni otro obstáculo natural que interrumpiera la visión, durante las agotadoras travesías se debía pernoctar en medio de aquella inmensidad, sin nada para cobijarse, solo cielo, tierra y distancias. Tampoco para guarecerse de las inclemencias del frío, de la lluvia, el viento o el calor. Idéntica situación se producía para el caso que hubiera que combatir ante el hábil y astuto rival.

Las marchas duraban días, semanas enteras, se debía llevar suficiente cantidad de provisiones y mucha caballería para el recambio. Los indios brotaban de la tierra como por arte de magia. El espectáculo de una toldería india es imaginable, allí las cautivas y demás prisioneros vivían en un infierno. Si alguien lograba escapar, seguramente moría en el interminable desierto.

Las mujeres indias, por celos, hostigaban continuamente a las cautivas y les daban de comer las sobras, como si fueran perros. Para que no escaparan, a los prisioneros se les despellejaba las plantas de los pies, lo que obligaba a trasladarse arrastrándose por el suelo. Las escenas y el ambiente eran ciertamente escalofríos. Salvo estas cosas, no difería demasiado la vida que se llevaba en los fortines o en los pueblos que se formaban alrededor de ellos.

A pesar de la ausencia de memoria de nuestra sociedad, este formidable ser es una clara demostración que cuando alguien es verdaderamente grande, jamás puede ser olvidado totalmente, porque esa grandeza es capaz de superar los mayores obstáculos, tales como la indiferencia, la ingratitude y el impudioso paso del tiempo. Ello se debe a que los servicios del capitán Rufino Solano, sus conocimientos, destreza y valentía, fueron requeridos desde todos los sectores de la esfera social, comenzando por desesperados familiares que le rogaban que rescatara a sus seres queridos, continuando por los mandos del gobierno, tanto políticos como militares, y aún como producto de la constante preocupación de la Iglesia por darle una solución a tan difícil situación.

Durante décadas, todos supieron quien era y donde estaba el "capitán salvador" y él cumplió con todos. Ahí radica la explicación del porqué su recuerdo siempre regresa: porque no se puede investigar nuestra historia sin encontrarnos de repente con su noble estampa. Aún en la actualidad, su acción ha sido estudiada y valorada incluso en obras de autores y universidades del exterior. Captive Women: Oblivion and Memory in Argentina. Susana Rotker. 2002. University of Minnesota, USA; Rutgers University, Wilson Center, 1977. New Jersey, USA; Ptes. Citadas).

El capitán Solano, vivió y sirvió a su querida Patria durante toda su larga, pobre y sacrificada vida de frontera, donde rara vez le llegaba un sueldo desde Buenos Aires.

Rufino era hijo de Don DIONISIO SOLANO (1777/1882), un valiente Teniente de Patricios, guerrero de las Invasiones Inglesas, y de la Independencia Nacional, que actuó junto al General Manuel Belgrano durante las Campañas al Paraguay y del Norte; y más tarde, fue el jefe de la caravana de familias fundadoras de la ciudad de Azul, allá por el año 1832, fue Alcalde (*) de ella, muriendo en esta población a una edad superior a los cien años. (Antonio G. del Valle, Alberto Sarramone, Ricardo Piccirilli, Enrique Udaondo, Vicente O. Cutolo, Juan G. Durán, obras citadas. *Archivo de la Municipalidad de Azul (año 1837 y otros), Iglesia Catedral de Azul, Revista Biblos, Ftes. Citadas)

Dos fotografías de Rufino Solano. La segunda data de 1912, un año antes de su fallecimiento

A menos de cinco años de la fundación del Azul, nació nuestro personaje (1837), viviendo en su pueblo natal hasta su muerte, ocurrida el 20 de julio de 1913. Así lo certifican su acta bautismal en la Iglesia Catedral de Azul, los Censos Nacionales de 1869 y 1895 (el primero y segundo del país) y la certificación de defunción, asentada en registro del cementerio local.

<http://www.laopinondelagente.com.ar/imagenes/13.jpg>

Este ejemplar ser humano, que lo dio todo por sus semejantes, al cual centenares de familias le deben hoy su existencia, murió pobre, viejo y olvidado en su pueblo natal y se llamaba Don RUFINO SOLANO, capitán del ejército argentino, y su mayor orgullo fue ser, como él siempre lo decía: "un fiel servidor de la Patria".

Autor: Omar Horacio Alcántara

BIBLIOGRAFÍA Y FUENTES UTILIZADAS

- En los Toldos de Catriel y Railef. Juan Guillermo Durán. Editorial Pontificia de la Universidad Católica Argentina, 2002.
- El Padre Jorge María Salvaire y la familia Lazos de Villa Nueva – 1866-1875 - Juan Guillermo Durán. Buenos Aires, Ed. Paulinas, 1998.
- Historia del Antiguo Pago del Azul: Alberto Sarramone, Editorial Biblos, Azul, 1997.
- Recordando el Pasado: Antonio G. del Valle, Editorial Placente y Dupuy, Azul, 1926.
- Buenos Aires Ciudad y Campaña 1860/1870: Editorial Antorchas, Pablo Buchbinder, Abel Alexander y Luis Priamo, 2000.
- Gran Enciclopedia Argentina: Diego A. de Santillán. Ediar Soc. Anon. Editores, 1961.
- Libro con Indios Pampas y conquistadores del desierto: Samuel Tomopolski. Buenos Aires, 1958.
- Frontera, indios, soldados y cautivos -1780-1880-. Juan Guillermo Durán. Buenos Aires, Bouquet Editores; Universidad Católica Argentina. Facultad de Teología, 2006.
- Monseñor Aneiros. Arzobispo de Buenos Aires, y la Iglesia de su tiempo: Héctor José Tanzi. Junta de Historia Eclesiástica Argentina, Buenos Aires, 2003.
- Caciques Huilliches y Salineros: P. Meinrado Hux, Ediciones Marymar, 1991.
- La Conquista del Desierto: Juan Carlos Walther Editorial Universitaria de Buenos Aires (EUDEBA), 1970.
- Gestiones del Arzobispo Aneiros a favor de los Indios, hasta la Campaña del Desierto. Cardenal Santiago Luís Copello, Bs. As. 1945, Edición definitiva, Imprenta y Casa Editora "Coni".-
- Diccionario Biográfico Argentino: Enrique Udaondo. Imprenta Coni, Buenos aires, 1938.
- Nuevo Diccionario Biográfico Argentino: Vicente Osvaldo Cutolo. Editorial Elche, Buenos Aires, 1985.
- Diccionario Histórico Argentino: Ricardo Piccirilli, Francisco L. Romay y Leoncio Gianello. Ediciones Históricas Argentinas.
- El significado de la Nomenclatura de las estaciones ferroviarias de la República Argentina: Enrique Udaondo (Estación El Lenguaraz). Talleres Gráficos del Ministerio de Obras Públicas, 1942.
- El Beato Miguel Gariçois Fundador de los Padres Bayoneses, Pedro Mieyaa, Buenos Aires, 1942, Historia de la Iglesia. Buenos Aires, 1942, págs. 376/79.--
- Historia Argentina Contemporánea 1862 - 1930. Raúl Entraigas, publicada por la Academia Nacional de Historia. Editorial El Ateneo, Buenos Aires.
- El Malón de 1870 a Bahía Blanca, Rojas Lagarde, Jorge Luís, Ediciones Culturales Argentinas, 1984.
- Captive Women: Oblivion and Memory in Argentina / "Cautivas.
- Olvidos y memoria en la Argentina". Susana Rotker. Traducido por Jennifer French, 2002, University of Minnesota Press. (U.S.A.).
- Pincén. Vida y leyenda, Estevez, Juan José, Dirección General de Escuelas de la Provincia de Buenos Aires, La Plata, 1991.
- El Cacique Namuncurá. Último soberano de la pampa. Clifton Goldney, Adalberto A., Editorial Huemul, 1963.
- Revista "Biblos", N° 1 y otros, Azul, 1923.-
- Caras y Caretas, Año XV, Num. 732, Buenos Aires, 1912.

OTRAS FUENTES

- Fototeca del Archivo General de la Nación.
- Museo Histórico Enrique Udaondo de Lujan.
- Archivo del Ejército y la Marina.
- Museo Ricardo Güiraldes de San Antonio de Areco.
- Archivo Histórico del Ejército Argentino.
- Biblioteca del Arzobispado de Buenos Aires. Legajo de Monseñor Aneiros sobre conversión de los indios.
- Museo Julio Marc, de la Ciudad de Rosario.
- Diario "El Nacional" (Bs. As., 14-III-1873).
- Diario "La Prensa" (Bs. As., 13- III- 1873).
- Diario La Capital (Rosario, Marzo, 1873).
- Diario El Tiempo (Azul, 09 de julio de 1964).
- Archivo Basílica Nacional, Ntra. Sra. de Luján, Carpeta N° 13, J. M. Salvaire.
- Iglesia Catedral Nuestra Sra. del Rosario, ciudad de Azul.
- Hemeroteca Bartolomé J. Ronco, ciudad de Azul.
- Archivo de la Municipalidad de Azul.
- Museo Histórico y Etnográfico "Enrique Squirru", ciudad de Azul.
- <http://www.wilsoncenter.org/topics/docs/ACF352.pdf> (U.S.A.)

<http://www.laopinondelagente.com.ar/op...a=Historia>
letras-uruguay.espaciolatino.com/aaa/alcantara_omar/index.htm